**EUCARISTÍA EN TIEMPOS DE CORONAVIRUS**

Ahora que no podemos celebrar la Misa, por la epidemia del Coronavirus, podemos redescubrir el sentido central de la celebración de la eucaristía.

¿Qué sentido tiene celebrar?¿Qué se celebra?

En sentido estricto solo podemos celebrar una realidad: la VIDA. Solo tiene sentido la celebración de la vida. ¿Hay otra cosa?¿No es el vivir el regalo más grande y maravilloso de la Vida misma que llamamos “Dios”?

Toda celebración humana – por ser simplemente humana y más allá del cristianismo – es pura celebración de la vida.Cumpleaños, aniversarios, logros alcanzados, amor realizado: todo es vida celebrada.

La Eucaristía no es otra cosa que un Muchas Gracias (Eu-Kharistos) a Dios.
No tenemos que buscar algo extraordinario en ella ya que lo único extraordinario y milagroso es la vida misma, el hecho de existir. Somos. Existimos. Vivimos.
Para los cristianos la Eucaristía es la manera cristiana de celebrar lo único esencial: la Vida. Esencialmente la Eucaristía es celebración de la Pascua: la Vida que vence a la muerte. La Vida más acá y más allá de la muerte. Vida plena (Teko porä): siempre y por doquier. Este es el primer fundamento.

El segundo le sigue: celebramos la Vida al estilo de Jesús (su “Teko marangatu”) y como Jesús.

Celebrar la Eucaristía es entrar en la Vida misma del Maestro para aprender a vivir como él vivió, pero la Vida precede a la Eucaristía y celebrar la Eucaristía solo tiene sentido en el contexto más amplio de la Vida: y la Vida real es siempre concreta y se manifiesta en el aquí y ahora.

Por eso que la Eucaristía va mucho más allá del rito: solo tiene sentido si entramos en la Vida del maestro para vivir como él. La Vida viene antes que la Eucaristía.
La vida de Jesús la podemos resumir en el AMOR que se expresa en tres grandes dimensiones:

- un Amor de disponibilidad (= La Encarnación: “Aquí estoy”)

- un Amor de donación y entrega total (= la Muerte “Todo se ha cumplido”)

- un Amor de plenitud de realización plena (= La Resurrección “Shalom a ustedes”)

Jesús vivió a partir de la disponibilidad y por eso vivió su existencia como un don, ofreciendo su vida para realizar el proyecto del Padre Dios para con sus hijos.
Jesús descubrió que toda forma de vida era un regalo y por eso fue compasivo y solidario. Se sintió y se vivió en profunda unidad con todos.”En todo igual a nosotros menos en el pecado”.

Jesús vio que la única manera de vivir el don de la vida era entregándola. Por eso la entregó día tras día, hasta la entrega final en la cruz.

La primera y fundamental “celebración de la Eucaristía” es entonces entregar la vida como Jesús, vivir desde Jesús. La Vida entregada como un don es el primer y fundamental sacramento. Sin esa entrega cotidiana representada por el pan y el vino sobre la mesa, no hay Eucaristía. Sin ese pan de nuestra entrega no hay consagración y presencia de la entrega de Jesús, su Pan de Vida

Celebrar el rito de la Eucaristía es muy importante, pero lo esencial para cristianos (y ateos) es que haya nuestra entrega que se une a la de Jesús. Y esto lo podemos realizar aún cuando no podemos participar al rito de la Misa a causa de fuerza mayor (como el Coronavirus). El Misterio pasa por la vida ofrecida y solo por la vida.
Celebrar verdaderamente la Eucaristía es entonces vivir al estilo de Jesús en el momento presente. Es esto lo que construye la comunidad y la iglesia, aunque el sacerdote ministro celebre a puertas cerradas sin la presencia de todo el pueblo, nuestra entrega será ofrecida en su patena.

Para que el gesto del pan partido y compartido tenga sentido y valor tiene que existir una fidelidad previa a la vida. Desde ahí todo arranca.

La entrega de la vida es cosa seria y honda. Si celebramos la Eucaristía sin estar dispuestos a entregar Vida, entonces estamos banalizando la celebración eucarística. Un rito hacho “por obligación”, apurados, llegando tarde, o distraídos es un sacrilegio. Necesitamos purificar la Eucaristía de tantos aspectos superficiales que nos alejan de su verdadero sentido. Necesitamos un poco de este ayuno eucarístico impuesto por elCoronavirus para poder celebrar Eucaristías menos formales y más arraigadas a la vida concreta. Eucaristías más fraternas, libres, alegres. Eucaristías donde verdaderamente se celebra el regalo gratuito y espontaneo de la vida y del Amor que nos ama y nos hace ser.

Gracias al coronavirus podemos redescubrir la Eucaristía.

Queridos hermanos y hermanas aprovechemos esta santa Cuarentena para redescubrir nuestra gran celebración de la Vida.

Pa’i Juan Quinto Regazzoni.

(resumido y adaptado de“El agujero en la flauta)